

K2 El nudo infinito

Kurt Diemberger



En 1957 el joven Kurt divisa por primera vez el K2 desde la base del Broad Peak. A partir de entonces, toda su vida gira en torno a la magia del Chogori. Tras algunos intentos frustrados, vuelve en 1986 junto con Julie Tullis con la esperanza de poder finalmente alcanzar la cima.

Pero 1986 es un año trágico en el K2. Una inesperada tormenta atrapa a siete personas a ocho mil metros de altitud durante varios días. Kurt y Julie, tras cumplir su sueño de pisar la cumbre que habían anhelado durante años, luchan por sus vidas en un combate desigual contra las fuerzas de la naturaleza. Tras un trágico descenso, tan solo dos personas, Kurt y Willy Bauer, alcanzan el campo base, logrando de forma asombrosa sobrevivir a la ira de la montaña.

*A Julie
y a todos aquéllos
que se acercan
a las grandes montañas*

Prefacio a la nueva edición

El K2... Han pasado casi dos decenios desde que el K2 apareció por primera vez ante nosotros —ante mis ojos y los de Julie—. Diecisiete años desde que empezó lo que después llamaría «El nudo infinito»: un vínculo mágico que nos habría unido indisolublemente a esta poderosa cima para no dejarnos nunca más.

Todavía hoy si veo el K2 experimento la misma sensación, la tensión inexplicable que nos invadía, que nos atezaba a Julie y a mí, maravillados ante el grande y fascinante cristal proyectado hacia el cielo, hasta alcanzarlo, hasta tocarlo...

La montaña de nuestros sueños: estar en la cumbre y rozar el azul del cielo. Un sueño imposible. El K2 es definido a menudo como la «montaña salvaje» y en realidad si se intenta subirlo, lo que sucede, la mayoría de las veces, es que se topa con una ventisca.

El K2 nos obsesionaba. Durante la aproximación, cuando intentábamos alcanzar nuestra montaña por tercera vez, Julie consiguió expresar nuestro estado de ánimo: «K2..., K2..., el nombre marca cada paso. ¡K2..., K2..., qué nombre más estúpido para una montaña tan grandiosa! Intento eliminar el eco pensando en la familia y en la casa que se encuentran a medio mundo de distancia. Pero el estribillo reaparece a cada momento y el encanto vuelve a empezar, casi obsesivo, como pasa desde hace muchos años... Alguien puede pensar que es una locura amar hasta tal punto una montaña. Pero el K2 es una montaña especial». Cuando alcanzamos el circo Concordia y reapareció ante nues-

tros ojos el K2 sobre las enormes pendientes de hielo, la alegría nos colmó el corazón. Volvíamos a estar en casa.

Me es difícil explicar por qué el Chogori —la «Gran Montaña» según el nombre local, antes de que prevaleciese internacionalmente la denominación cartográfica inglesa— había supuesto para mí, desde siempre, un significado particular. Ya en 1970, apenas acabado mi primer libro *Entre cero y ocho mil metros* formulé un deseo: «Dame la justa medida para lo que haga». No sé por qué —quizá por una intuición— escribí estas palabras sobre la blanca superficie de la nieve en una gran fotografía que tengo colgada en la pared de mi casa de Salzburgo. Sobre el nevero se yergue el K2. Tan alto como el cielo. ¿Pero dónde está la medida? ¿Era para esto, para encontrarla, por lo que nos movíamos Julie y yo?

La mayoría de las veces es cuestión de suerte. En 1986 Julie y yo teníamos todas las cartas para conseguirlo. Estábamos bien aclimatados, ni en altura sufríamos dolores de cabeza, pero evidentemente aquél era un año equivocado, por causas ajenas que intento analizar detalladamente en este libro. La ascensión terminó en tragedia, pero ni siquiera años de elucubraciones pueden cambiar la complejidad de la reacción en cadena que empezó con una fatal avalancha...

La tragedia, sin embargo, no había acabado todavía. Muchos de los supervivientes del «Verano negro» del K2 murieron en los años siguientes en la montaña: Jerzy Kukuczka, Wanda Rutkiewicz, Gianni Calcagno y Tullio Vidoni, Michel Parmentier..., como si el negro hechizo quisiera continuar. En ningún caso tiene sentido confrontar ésta con las tragedias del Everest descritas por Jon Krakauer y Anatoli Bukreev... En el K2 no hubo víctimas por falta de experiencia o por competición, aunque se cometieran algunos errores.

Esta montaña es una de las más peligrosas del mundo. Hasta hoy los alpinistas que han alcanzado la cima son 175,

y 49 han pagado con la vida su sueño. En el Everest en cambio, las ascensiones han sobrepasado por mucho el millar, y las víctimas se sitúan por encima de los 150. Cuánto y cómo varía el factor de riesgo en el curso de las dos ascensiones emerge en la estadística compilada por Xavier Eguskitza y Raymond B. Huey relativa al período desde el 1978 al 1999 en el Everest, y del 1978 al 1997 en el K2 (ya que nadie subió a este último ni el 1998, ni en el 1999): «En el período en cuestión, en el Everest hubo un muerto, durante el descenso, de cada 29 alpinistas que alcanzaron la cima (3,4%). En el K2, en cambio, fue uno de cada 7 (13,4%). Desgraciadamente la mala fama del K2 no ha sido una invención». Los datos hablan claro sobre el riesgo que corre quien quiere realizar el mismo sueño.

En las páginas siguientes el lector podrá seguir paso a paso el desarrollo de la fatal reacción en cadena culminada en el hombro del K2, a 8000 metros, en una trampa mortal que ha causado la muerte de cinco personas, y quizá esta tentativa de análisis podrá ser de ayuda a alguien para evitar la repetición de los fatales errores.

La montaña no quiere la muerte de quien ha venido a subirla. Es el alpinista que se relaciona con ésta, que determina en buena parte su suerte cuando intenta realizar su sueño, un juego peligroso que se sitúa en el límite entre riesgo, experiencia y destino.

Bologna, agosto de 2000
Kurt Diemberger

Agradecimientos

Que un libro sea bueno no depende sólo de que el autor escriba bien. Debe nacer de una convicción profunda, de un compromiso hacia ti mismo y hacia los demás. No quiero comenzar este libro sin recordar a Julie y su deseo de transmitir siempre a los demás lo que estábamos viviendo y su sentido. Al escribirlo he intentado hacer realidad esta ilusión. Quizás era también una manera de continuar con nuestro «*Highest Film Team*» y una firme necesidad nacida durante el solitario descenso del espolón de los Abruzos después de la tormenta mortal. De esta manera tanto la montaña como nuestro pensamiento quedarán en estas páginas...

Cuando hace muchos años José Manuel Anglada escribió el prólogo de mi primer libro, *Entre cero y ocho mil metros*, nunca pensamos que después del gran éxito que tuvo tardaría tanto en escribir otros. Pero este relato sobre «El nudo infinito», el sueño y el destino en el K2, no es sólo un libro de montaña sino un trozo de mi propia vida...

«*Anything is possible*», solía decir Julie; todo es posible. Ella tenía una gran voluntad, era positiva y muy activa. Formando «el equipo de filmación más alto del mundo» trabajábamos magníficamente, a veces por encima de los ocho mil metros. Y también escuchábamos, silenciosamente, las voces de la montaña, de las torres de hielo, de las nubes, y comprendimos también que es necesario defender este mundo contra el desgaste que produce la civilización, dejando salvaje un último reino de fantasía. Por eso me siento identificado con «Mountain Wilderness» en su defensa de

las montañas del mundo, y especialmente las de España. Me preocupa la preservación de sus magníficos parajes del Pirineo y, sobre todo, de ese otro salvaje macizo que está tanto en mi corazón como en el de mis amigos del «Colectivo montañero para la defensa de los Picos de Europa».

Cuando escribí este libro lo hice pensando también en mis amigos de España, país que desde hace muchos años atravieso dando conferencias, conociendo nuevos lugares o visitando a mis amigos —a veces también escalando juntos—. Recuerdo los premios que ganamos con nuestras películas en el Festival de Cine de San Sebastián y la alegría de Julie al recibir el Gran Premio por nuestra película sobre el Nanga Parbat, que fue nuestro debut. Quiero agradecer a los infatigables organizadores David y Mirari Hernández los fabulosos días que pasamos juntos en un ambiente único. La misma Julie, aunque nacida en Inglaterra, se sentía muy cerca de España; su padre era vasco, bilbaíno, y aunque no estaba muy segura de ello, era muy posible que sus abuelos fueran catalanes: por si acaso ponía en la tienda de nuestro campo base —entre otras— la bandera vasca y la catalana.

En ocasiones ha sido muy duro escribir sobre lo que acababa de ocurrir en el K2, pero era algo que debía hacerse. Jamás podré aceptar lo que ocurrió allá arriba, pero quizás al menos escribiendo y analizando pueda ayudar a que no se repita otra vez. Para ello he necesitado casi dos años...

Quiero dar las gracias a mi mujer, Teresa, por su increíble comprensión y paciencia. También quiero agradecer a Nacho de la Serna su perfecta traducción. Y a todos aquéllos que de cualquier manera han colaborado o contribuido en el libro: a Choi Chang Deok, un sacerdote que Dios (¿la providencia o el destino?) me envió para ayudarme a conocer el misterio de nuestra tragedia, escondida en los ilegibles jeroglíficos de un diario de expedición coreano; a Xavier Eguskitza, el infatigable cronista del Himalaya; a Franz

Berghold, el especialista en medicina de altura; a Dee Molenaar, Eduard Sternbach y a mi hija Karen por su ayuda en la realización de los dibujos. A mi otra hija, Hildegard, por su capítulo etnológico. Y también al preciso y tranquilo Darío Rodríguez, a Mari Abrego, a Marilupe Larín...

No quiero olvidar a los primeros que hicieron posible que pudiera escribir, que pudiera dar comienzo a este libro: son muchos médicos... Gerhard Flora de Innsbruck y Hildegunde Piza de Viena, que han tratado mis congelaciones, el Hospital Pembury de Sussex, que me trató de un embolismo pulmonar después del K2, Enzo Raise de Bolonia por haber diagnosticado en el último momento mi malaria, producida probablemente en el avión del regreso, a consecuencia de la cual casi muero. Parece sumándolo todo que, simplemente, aún no había llegado mi hora.

Mientras lentamente me recobraba en Salzburgo, la señora Susi Kermauer me ofrecía su decrepita máquina de escribir y comenzaba el primer capítulo en su casa de doscientos años de antigüedad. Algunos meses después, ya en Bolonia, mi pequeño hijo Ceci interrumpía la tradición clásica: ¡me hizo aprender a usar el ordenador!

Dijo: «¡Por fin, papá!...».

Aunque no he puesto sus nombres, quiero dar las gracias a muchas más personas que me han ayudado. Todas están en el «Nudo infinito».

K.D.

Julie. El «Centro» que ella me explicaba en relación con la meditación y las artes marciales, como el Aikido y Budo, en las que además de la importancia espiritual está la física. ¡Esos malditos carpinteros del tejado! El ruido de la sierra saca a cualquiera de sus pensamientos. Debo tomarme el día como una lucha mental contra inocentes enemigos. A lo mejor esto me ayuda a reforzar mis energías, porque quiero escribir... para Julie, para mí, para todos los que entienden... Sería absurdo haber vivido todo eso y no dejar ninguna huella.

Tendría sentido por el instante, por ambos, por el sentido que le da a una vida... De los acontecimientos, de lo que hicimos estos años, al fin deseo hablar. Durante todo este tiempo estuvo sobre nosotros el K2, una montaña tan repulsiva y al mismo tiempo tan fascinante como ninguna otra. Como un símbolo de lo inalcanzable.

Una eterna tentación.

*«Will we ever come back to K2? Of course, we will...».
(Julie Tullis, 1984, en Urdokas, glaciar de Baltoro).*

Our most desired peak. K2, la montaña deseada

Un gris peculiar y transparente lo envuelve todo, es como un abrigo de seda alrededor de la cumbre. Fascinante y amenazante a la vez. Se respira tensión en el aire. A nuestro alrededor hay un vertical paisaje de nieve, nubosidad, peñascos de hielo...; lentamente el tiempo empeora.

A pesar de todo continuamos subiendo. Ya no puede estar muy lejos. Si se desata una tormenta aquí, a casi 8600 metros de altura, no tendremos muchas posibilidades de sobrevivir. Aunque diéramos la vuelta.

Pero antes queremos pisar la cumbre. Un vertical escalón de hielo envuelto en luz de seda. Atornillo con el piolet una clavija de titanio en la dura superficie. Cruje y crepita. Luego tallo un par de buenos apoyos y agarres para pies y manos. No quiero soluciones acrobáticas a estas alturas. ¿Se verá alguna nueva dificultad por encima? ¿Veré la cima en pocos minutos?

Julie me asegura mientras continúo. Pocos metros más y ya estoy al borde del hielo, ahora... ¡Ahí aparece! ¡La cima del K2! La bóveda más alta de la montaña envuelta en una delicada luz gris... dulce. Sí, es una línea inocente la que encierra los terribles abismos de esta montaña. Una ola de felicidad me invade. «*Come up Julie, we are very close*». Estamos cerca de nuestra meta.

Julie aparece al borde del hielo, levanta la cabeza por encima de la cúpula, apoyada con los brazos sobre la nieve mira por encima, hacia arriba... «No hables», dice ella. Y

entonces sólo veo sus ojos, su cara, la expresión de admiración, la sorpresa; esos confiados ojos oscuros bajo congelados mechones de pelo, tranquilos, como en un diálogo mudo con la bóveda de la montaña.

¿Qué piensa? ¿Qué le dirá a las más altas nieves?

Llevamos ya tres años cortejando a la montaña de las montañas...

Lo inalcanzable va a ser alcanzado. Nada nos lo puede arrebatar.

Pero es tarde. El tiempo cambia lentamente. Está a punto de reventar, parece como si contuviera la respiración regalándonos una pausa. Pero esta luz mágica no debe engañarnos, incluso ahora que parece más clara.

«*Julie, let's go*», vámonos. De repente estoy tranquilo.

«*Yes, let's go up!*»; hacia arriba. Me mira y sonríe como volviendo de un lejano mundo.

El sueño de tres años se cumplirá en pocos minutos.

El solitario K2.

Hace treinta años en el Baltoro con Hermann Buhl

Schtsch, schscht, schscht, schscht... las raquetas para la nieve patinan sobre el suelo surcado de hielo escupiendo un polvo centelleante.

Delante de mí marcha Hermann Buhl con dinámicos movimientos y paso corto. Su pequeña, casi delicada figura, rebosa energía mientras avanza por el irregular terreno del glaciar Godwin-Austen. Por encima de la mochila alcanzo a ver, delante de mí, el sombrero de fieltro de ala ancha y las delicadas manos que en los repechos buscan apoyo en los bastones de esquí para mantener el equilibrio. Puedo imaginarme la mirada previsor de los siempre despiertos ojos de Hermann y la forma en que escudriña el terreno. Tanteando a lo largo de puntiagudas formaciones de hielo avanzamos atravesando un bosque de cuento encantado. Las superficies libres situadas entre medias, la espalda de la morrena, todo está nevado...

Estamos solos, aquí, en el corazón del Karakórum, rodeados de tremendos glaciares. Un mundo salvaje de hielo y piedra, picos de montañas, torres de granito, figuras fantasmagóricas que se elevan más de mil metros hacia el cielo.

A excepción de Hermann, yo, y nuestros tres camaradas del campamento base, no hay nadie en el glaciar de Baltoro en este mayo de 1957.

Marcus Schmuck y Fritz Wintersteller de Salzburgo y nuestro oficial de enlace, el capitán Quader Saeed, que sueña hace tiempo con una vida más alegre en Lahore, forman junto con nosotros la única expedición de la temporada en varios cientos de kilómetros a la redonda. Estamos solos en la zona del gigantesco glaciar de Baltoro. Una corriente de hielo de 58 kilómetros rodeada de montañas, que constituye uno de los más bonitos y tranquilos lugares de la tierra. Incontables glaciares laterales que salen entre cimas de enorme altitud y verticalidad conducen hacia líneas armónicas, lugares de una magia inexplicable donde nadie se atrevería a preguntar un porqué de lo clara que tendría la respuesta ante él.

Tengo 25 años y he visto convertirse en realidad mi sueño de ir al Himalaya una vez en la vida. Después de haber ascendido la pared norte del Gran Zebrú superando el gran *merengue*, considerada la escalada en hielo más salvaje de entonces en los Alpes, Hermann Buhl me lleva con él. Estoy feliz, sé que no podía perder esta oportunidad.

Mientras arrastramos nuestros pies a más de 5000 metros de altura por el nevado glaciar lateral situado cerca del Circo de Concordia, que recibe el nombre del cartógrafo Godwin Austen quien a mediados del siglo pasado contempló por primera vez el K2, voy pensando en Adolf Schlagintweit. Él fue probablemente el primer forastero en acercarse a la zona del Baltoro y en alcanzar uno —el más occidental— de los dos pasos de Muztagh (Panmah Pass). Sin embargo ningún topónimo recuerda su paso. Al contrario, el glaciar lateral, situado al lado del Circo de Concordia, recibió su nombre del viajero G. T. Vigne, que ni siquiera lo pisó. Y Martin Conway, jefe de la primera expedición al Karakórum (1892) fue nominado Lord, y más tarde un collado nevado de casi 6000 metros fue bautizado con su nombre.

En comparación con ellos no somos unos descubridores más, aunque en el fondo lo seamos cada uno para nosotros